

## LAS CARAS DE LA RESISTENCIA Y LA CUESTIÓN DE LO POPULAR

David Gómez Arredondo

**En** 1976, en el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, Michel Foucault desarrollaba una pregunta constante: ¿qué es el poder? Para entonces, Foucault había mostrado particular interés por comprender algunas instituciones modernas en donde se ejerce un poder abierto: hospitales psiquiátricos, cárceles y hospitales. El análisis que este autor proporcionó sobre la naturaleza del poder nos puede ayudar a ilustrar la pregunta: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de resistencia? Para él, cada relación de poder tiene, como contraparte, una resistencia: toda relación de poder genera pequeñas insubordinaciones que, aglutinadas de cierto modo, pueden provocar la división del campo social en dominadores y dominados durante ciertos momentos históricos. Foucault se

La forma en que Foucault explicaba la naturaleza de la resistencia se debe situar en relación con el marxismo, con el cual mantuvo una relación de tensión y afinidad. Foucault se encontraba en confrontación parcial con el marxismo dominante en las prácticas políticas y teóricas de la izquierda francesa, confrontación que resulta más evidente en la forma en que situaba a los puntos de resistencia en el campo de la producción. Cuando Foucault describía a las diversas instituciones que ejercen un poder directo (la escuela, la fábrica, la cárcel y el hospital psiquiátrico) señalaba la existencia de resistencias al poder en cada una de esas instituciones, pero no le daba prioridad a ninguna de ellas. Para el marxismo, en las sociedades regidas por el modo de producción capitalista, la relación de dominación que adquiere predominio sobre todas las otras es aquella que sitúa como antagonicos al capital y al trabajo asalariado. En contraste con el enfoque de Foucault, el marxismo desarrolló, en vez de una teoría del poder, una teoría de la explotación. A la primacía de la resistencia obrera frente al poder del capital que enfatizaba la izquierda marxista, Foucault le oponía un modelo difuso y casi omnipresente de resistencias al poder disciplinario en cárceles, escuelas y hospitales psiquiátricos.

Durante la misma década en que Foucault diseñaba su teoría del poder, en un contexto político muy distinto se desarrollaba, principalmente en Argentina, la filosofía de la liberación. En ese contexto, surgió de manera urgente la cuestión de lo “popular”, generándose una crítica del pensamiento de la liberación proveniente de los sectores marxistas. Según esta crítica, la noción de lo “popular” supuesta en ciertas variantes del pensamiento de la liberación, es ciega a los entramados de clase que lo conforman. En ese sentido, en vez de hablar de resistencia popular, debido a que se trata de un concepto que encubre la conformación de clase de la resistencia, resulta en ocasiones más pertinente hablar de resistencia obrera y de resistencia campesina. En el pensamiento político cercano al marxismo, campesinos y proletarios son propiamente clases sociales. Así, el proletario le vende su fuerza de trabajo al capital para obtener medios de consumo, mientras el campesino puede ser jornalero asalariado o propietario de una parcela a la que le extrae productos que intercambia como mercancías.

En un análisis de clases inspirado por el marxismo, un bloque popular se conforma con la alianza entre campesinos y obreros, mientras un bloque nacional anti-imperialista puede constituirse a partir de la alianza entre el campesinado, el proletariado y la burguesía nacional. Algunos análisis de los procesos políticos populistas publicados en la década del 70 indicaban la presencia



Michel Foucault

imaginaba una gran gama de resistencias ante distintas relaciones de poder, y desarrolló lo que llamó una “microfísica del poder”, a partir de la cual buscaba evidencias de la existencia del poder en los pequeños entramados de la vida cotidiana.

de las burguesías nacionales al interior de las fuerzas políticas populistas, razón por la cual las fuerzas populares movilizadas participaban en un proceso de emancipación ilusoria, ya que dichas burguesías nacionales terminaban por poner límites a las demandas de las clases subalternas.

El contexto histórico en el que surgió la temática de lo “popular”, favorecida por la emergencia de los regímenes populistas en América Latina, sufrió una profunda transformación con el inicio de las políticas neoliberales. Con la llegada del neoliberalismo a la escena política y su conversión en fuerza dominante se vieron fuertemente debilitados los marcos teóricos y prácticos de la resistencia popular. La resistencia campesina y proletaria fue sujeta a una poderosa contención por parte de las fuerzas dominantes, las cuales procedieron a concentrar exacerbadamente el capital por medio de privatizaciones, reducir sistemáticamente los salarios y desmantelar los mecanismos de redistribución que se conocían como “Estado de bienestar”. Para cierta teoría política, este periodo fue caracterizado como “tránsito hacia la democracia”, tránsito que era pensado a partir de una noción de democracia muy restringida. Para la teoría política dominante, los procesos de democratización no afectan a las relaciones básicas de propiedad, y la democracia no se extiende progresivamente a diversas áreas de la totalidad social en una dirección que busca, tendencialmente, cancelar todo tipo de dominación. Los procesos reales de democratización ocurrieron bajo la amenaza constante de una sanción, por parte del capital corporativo, a cualquier deliberación política que pusiera en cuestión al “consenso de Washington”, consenso que aceptaba como legítima la gestión de la economía defendida por el Fondo Monetario Internacional. En el presente, cuando la cartografía política latinoamericana indica otra correlación de fuerzas, quedan por historiar las diversas modalidades que adoptó la “resistencia popular” en el periodo de ajuste y ofensiva del capital corporativo.

Para comprender el ciclo histórico del pasado inmediato, es preciso señalar insistentemente un vínculo notorio: los procesos de democratización, esto es, el fin de los regímenes militares de excepción en América Latina, se presentaron asociados a un intensivo movimiento tecnológico, productivo y circulatorio de reajuste del capital. Hasta años recientes, no se podía apreciar con claridad un fenómeno que Marx ya señalaba en 1857: el capital tiende a arrasar toda barrera espacial opuesta al tráfico y reduce a un mínimo el tiempo que toma el movimiento de un lugar a otro. Si en la segunda mitad del siglo XIX, el telégrafo eléctrico era un poderoso ejemplo de la

reducción del tiempo necesario para conectar localidades, a comienzos del siglo XXI el tiempo de desplazamiento del capital ha llegado a una velocidad paroxística. Esto significa que en el nuevo orden mundial, a través del simple funcionamiento de ordenadores, es posible afectar territorios enteros desplazando capital fuera de zonas “inestables” o “poco redituables”. Como ha señalado Zygmunt Bauman, el proceso de mundialización en curso le otorga movilidad y capacidad de consumo de bienes transnacionales a un reducido sector, mientras hunde a las mayorías populares a niveles de sobrevivencia en una localidad específica. Mientras las barreras fronterizas aparecen para un pequeño sector de la población en estado de disolución, los sectores populares ven invadido el espacio histórico en el que habitan por el puñado de firmas que se pasea por el planeta. Los sectores populares se ven fijados a una localidad en proceso de transformación por parte de compañías gigantescas deslocalizadas, compañías cuyo soporte dinerario requiere de las tecnologías electrónicas basadas en un lenguaje binario. Cabe preguntarse ante este escenario sobre las modalidades de retorno de la participación popular en la gestión y la planificación, ante los veloces cambios tecnológicos de las últimas décadas. Resulta claro que ante las modalidades virtuales y electrónicas de existencia del capital en el siglo XXI, algunos modelos de gestión directa del proceso productivo y de reapropiación del producto del trabajo presentes en la tradición del marxismo pueden verse modificados. Hace unas décadas, Herbert Marcuse ya había indicado la notoria tendencia de reducción del tiempo de trabajo necesario en el marco del capitalismo tardío, reducción explicada a partir del despliegue tecnológico. Como proceso antitético del capital, se desarrolló durante la fase del reajuste neoliberal otra cara del desarrollo tecnológico: los soportes informáticos del capital le permiten vaciar territorios resistentes a sujetarse a la disciplina del Fondo Monetario Internacional. Por parte de las fuerzas populares queda la alternativa de reconvertirse en un aparato estatal, intentando revertir el saqueo de valor que acompañó a las privatizaciones, o conformar poderes populares autónomos al margen del aparato del Estado. Ya hay ejemplos de ambas opciones en el escenario político latinoamericano. ■

---

**David Gómez Arredondo.** Mexicano, licenciado en filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Ex-becario del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre otros artículos, ha publicado “Occidentalismo y ontoteología en Hegel” en *Pensares y quehaceres. Revista de políticas de la filosofía*, no. 4, marzo del 2007 y “Contradicciones americanas” en *Archipiélago* no. 56, Año 14, abril-junio 2007. Fue co-responsable del seminario de filosofía latinoamericana de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2007.